

EL ATLANTE.

*Aquel pueblo es verdaderamente libre
donde las leyes mandan y los hombres obedecen.*

La Present. de Nra. Sra.

De las causas y consecuencias de los grandes establecimientos industriales.

Todavía podré citar otra circunstancia que sin ser muy importante, acredita la ventaja que llevan las fábricas en grande á las pequeñas. El gobierno concede una devolución ó abono á la esportacion de ciertas mercaderías sobre las primeras materias que sirven á su fabricacion. En tales casos se exige el cumplimiento de ciertas formalidades para impedir el fraude y para esto un empleado ó asociado de esta casa debe acompañar las mercancías á la aduana. El fabricante en pequeño, que no puede esportar sino en cortas cantidades, debe á veces estimar mas su tiempo, que la indemnizacion concedida; en tanto que el gasto del agente de una gran casa está mas que compensado por la importancia de las sumas sobre que recae.

Muchos grandes establecimientos de nuestros distritos fabriles emplean varias materias que se traen de países lejanos ó que no se producen sino en ciertas localidades particulares. Descubrir otro punto donde existan en abundancia estas materias, es objeto de grande importancia para un establecimiento que consume gran cantidad; al efecto algunos fabricantes han creído oportuno enviar á países remotos agentes encargados de descubrir y recolectar tales productos, y el gasto de estos viajes se ha desquitado ampliamente por el resultado. Asi es que las montañas nevadas de la Suecia y Noruega, asi como las rocas ardientes de la Córcega, han sido despojadas de sus productos vegetales por los agentes de una de nuestras fábricas de tintes. Para estas tentativas se debe guiar

el fabricante por el importe del capital disponible de su establecimiento, y por la escala de sus operaciones, para determinar si sus ingresos le permiten enviar agentes como los indicados y para conocer las necesidades y el gusto de distantes países, y hacer ensayos ventajosos á las grandes fábricas, operaciones que serian muy dañosas á las pequeñas, cuyos recursos son muy cortos. Esta opinion se espalan ampliamente en el dictamen de la comision nombrada en 1806 por la Cámara de los Comunes, examinando el comercio de lanas, y creo que sea el mejor modo de terminar este capítulo dando un extracto del mismo dictamen, en el cual se hace un resumen de las ventajas de los establecimientos en grande.

“Vuestra comision, dice el informante, tiene la satisfaccion de ver que los temores tan repetidos contra las grandes fábricas no solo nacen de un principio vicioso, sino falso en la práctica y basta tal punto, que principios enteramente opuestos pueden sostenerse con mayor fundamento. No sería ciertamente difícil demostrar que las fábricas de una cierta estension son absolutamente indispensables, al menos en esta época, para la prosperidad de nuestro sistema fabril interior, dándolas ciertos apoyos que aun hoy les faltan. Porque es muy palpable que el fabricante en pequeño no puede determinarse, como el que posee un capital de consideracion, á hacer las probaturas precisas, correr los riesgos, sufrir los quebrantos que van unidos á los primeros ensayos de invencion, perfeccion y adopcion de las nuevas especies de productos, ó cuando se eleva á mayor grado de escelerencia la fabricacion conocida

El fabricante en pequeño no puede juzgar personalmente de las necesidades, de los hábitos, de las artes, de las fábricas, de los adelantos de los países extranjeros. El cuidado, la economía, la prudencia, tales deben ser sus cualidades distintivas, y no el invento, el gusto ni el capricho de las especulaciones incógnitas, cuya inclinacion pudiera serle funesta; porque la suerte de un buen resultado no podría recompensarle la pérdida de una parte de su tiempo y de su capital. Marcha por un camino real y trillado; pero no debe desviarse á un lado ni á otro para entrar en las veredas tortuosas de la especulacion. Por el contrario, el fabricante en grande, teniendo disponible un gran capital y los muchos obreros que emplea, se halla en posición de hacer ensayos, intentar especulaciones, inventar medios mas rápidos de ejecucion ó mas perfectos, y por último de mejorar los antiguos métodos; y pasando alternativamente su imaginacion de una en otra idea, él solo eleva nuestras fábricas al estado de engrandecimiento que las hace capaces de sostener la concurrencia. Existe un hecho digno de atencion, y que confirma plenamente la esperiencia y es, que establecido solidamente cualquier nuevo método ó especie de fabricacion, se difunde entre todas las fábricas, de suerte que hasta las mas pequeñas, que solo trabajan para el consumo interior participan de los adelantos de las grandes que excitaron su rivalidad. Esta verdad esta demostrada evidentemente por la historia de casi todas nuestras grandes manufacturas, cuyos recientes incrementos de perfeccion no se han obtenido sino á costa de sacrificios enormes, y despues de infructuosas tentativas.

Existe además otro hecho, igualmente hacen muchas veces compras de consideración de los depósitos públicos, donde los pequeños llevan sus productos, y dan así consumo á los que aquellos trabajan, análogos á los suyos, á fin de cubrir prontamente una orden de mayor importe de aquel de que pueden disponer en el momento, ó por dedicar su capital y tiempo de sus obreros á objetos de mas lujo ó artículos mas delicados, mas escogidos y raros que hacen ejecutar á su vista. Por consecuencia estos dos sistemas de fabricación se dan la mano en vez de ser contrarios; cada uno de ellos provee de lo que al otro falta, y trabaja en su prosperidad.» (*Barbaje Econ. de M.*)

América.

I.

Cuando los Reyes católicos, después de abatidas en uno y en otro encuentro las enseñas agarenas, dieron glorioso fin á la atrevida empresa de lanzar del suelo español á los que por 700 años habían sido sus señores, tuvieron lugar de admirar los vencedores el día de la entrada triunfal en la ciudad de Granada las maravillas que contenía este último asilo de los orientales; y los vencidos la corte brillante de los Reyes, y la numerosa hueste que los seguía; y era de admirar sin duda, el ver reunida aquella antigua nobleza de claro nombre, régia estirpe, y escelsos blasones, seguida de numerosa clientela; los invictos capitanes del ejército real acaudillando sus mesnadas guerreras, fieros con su triunfo; y los prebostes y maestros de las ordenes dando gracias al cielo de ver coronada la obra que tantos afanes costara; ya extendida de uno á otro punto de la Península la religion santa de Jesucristo.

Detrás de reunion tan escogida, y como al caso venía un hombre de andar pausado, de mirar receloso, y en su modesto traje y apocadas maneras parecía que la suerte le era ingrata: por visionario á mas lo tenían unos, por agorero otros; despreciado de todos, si bien favorecido un tanto por la gente de iglesia; y no solo por piedad, que su parte tenía tambien la ilus-

tracion; y tesoros y riquezas ofrecía este hombre, y un nombre á la nacion que le prohibiese tan temido en lueñes y cercanas, en propias y ajenas tierras cual nacion ninguna antes que ella lo hubiera tenido: este hombre era Colon.

Las dudas que hasta entonces á los Reyes ocurrieran para favorecer la empresa, desvanecidas quedaron al ver como la suerte propicia á sus armas había estendido su poderío de uno á otro mar. Y si aun desconfiado se mostro el Rey, la Reina su esposa allanó el camino, cargando de cuenta de su pueblo castellano los gastos de su expedicion.

Acabada la guerra con los moros, ociosa una juventud que se había cebado en los combates, y sin esperanzas de medrar una turba de aventureros que de antiguo habían hecho su fortuna á la sombra de las guerras, todas y tan distintas personas volvieron sus ojos al Occidente, después que los primeros sucesos del Genovés les aseguraron que mas allá de lo que hasta entonces se había conocido había tierras prodigiosas, riquezas sin cuento, y hombres en todo diferentes de los que por acá se habían visto: viábase con gusto las aultadas descripciones de los que habían emprendido el viaje, y las inocentes mentiras con que las mezclaban; que este por entonces era el único, aunque sabroso galardón, de tantos azares, peligros y contratiempos en que se vieron aquellos atrevidos argonautas.

Después del descubrimiento del Cabo de Buena Esperanza, suceso ninguno había cambiado los sistemas y las ideas todas de la Europa, como el descubrimiento de la América; alteróse el valor de los metales preciosos, el comercio se estendió y dilató en las nuevas regiones, y al paso que poco á poco introducía en ellas los géneros de la Europa, abastecía á esta vieja sociedad de los dones de aquellos pueblos, enriqueciéndose por consecuencia con las observaciones de los sábios, los ramos todos del saber humano, y alcanzando su imperio hasta crear nuevas necesidades, varios gustos y caprichos.

Ni se presume tampoco que el gobierno español se apercibiera á

primera vista de los ventajosos resultados que le produjera aquella extraña conquista, ni motivos tampoco los mas laudables impulsaron las expediciones; que bien estudiada esta historia, solo domina el ansia de medrar estimulada por los ejemplos anteriores, si bien coloreado con los visos de piedad y religion, que entonces como ahora pretextos ofreciera á guerras y conquistas, á proyectos atrevidos, y á empresas ruidosas. Y para probar hasta que punto esto era cierto solo se dirá que en los tiempos mismos de Colon parecia haberse dado una orden á su instancia prohibiendo las expediciones aventureras como contraria á los derechos de su almirantazgo; pero con tal mandato aconteció lo que en tales casos ha acontecido siempre en España, y fué que órdenes particulares concedidas á el favor y á respetos humanos, redujeron á nada el privilegio de Colon: tan antiguo es entre nosotros mandar para no ser obedecidos, y sujetar después los mandatos superiores á los efectos de casuales circunstancias.

Continuará.

Variedades.

Historia del Papa Gregorio

VII y de su siglo.

ARTÍCULO TERCERO.

Puesto en posesion de una torre que había construido anteriormente á la entrada del puente de S. Pedro, la guarneció de hombres de armas acostumbrados á saquear y matar y en seguida con pretexto de un portazgo, cuyos derechos pretendia cobrar, ejerció sobre los que pasaban el puente toda especie de vejaciones y extendió sus latrocinios por la campaña de Roma. Gregorio VII irritado de este dolo quiso castigar en Cenci á uno de los últimos restos de aquellos señores bulliciosos que habían perturbado tanto tiempo los dominios de la Iglesia. Después de haber apelado inútilmente á las amonestaciones y las amenazas de excomunion, mandó al prefecto de Roma que había sucedido al padre de Cenci en esta dignidad, que se apoderase de aquel hombre rebelde á Dios y á la Iglesia. El prefecto, hombre piadoso y partidario del Pontífice, sin haber

caso de las murmuraciones de la nobleza romana prendió á Cenci y le encerró en un calabozo. Atemorizados por este acto de vigor algunos nobles de Roma se presentaron al Papa y le suplicaron que usase de misericordia. Gregorio VII, despues de exigir de Cenci que jurase, poniendo su mano sobre las reliquias de S. Pedro, que mudaria de vida, y haberle obligado á dar rehenes, le puso en libertad, confiscando su fortaleza principal, que fue demolida á golpes de ariete con grandes aplausos por parte del pueblo.

Desesperado de esta afrenta que abatia su partido en Roma, Cenci buscó medios de vengarse. Dirigióse á Roberto Guiscard, que estaba descomulgado, y á Guiberto, obispo de Ravena, entonces declarado enemigo de Gregorio. Escribió tambien á Enrique IV manifestandole su designio de matar al Papa ó de apoderarse de él y conducirlo á su presencia atado de pies y manos si acaso lo deseaban. Hay fundamentos para creer que estos personajes respondieron á Cenci animandole secretamente á cumplir sus promesas.

Habia corrido mas de un año desde el arresto de Cenci. Este, protegido por el Príncipe de los normandos Roberto Guiscard y por el arzobispo de Ravena, se empleaba en reunir aventureros, proporcionar una ocasion para introducirse en Roma y buscar cómplices en aquella ciudad. Sin embargo, nada se traslucia. Gregorio VII atendia al cuidado de la Iglesia, se presentaba muchas veces en medio del pueblo y cumplia con todos los deberes de Soberano y de Pontífice.

La vispera de Navidad habia ido, segun costumbre, á Santa Maria la Mayor, en el monte Esquilino. Esta basilica, segunda patriarcal de Roma, era particular objeto de la devocion pública. Venerábanse en ella y se veneran todavía entre otras piadosas reliquias un antiguo retrato de la Virgen atribuido á San Lucas, y los restos del pesebre de Belen; la noche de Navidad, el Papa, acompañado de los cardenales, celebra en ella la misa, y esta funcion noturna, en la que arden muchos miles de luces, es una de las que infunden mas respeto entre todas las de la Iglesia de Roma. Un inmenso gentío asiste á la festividad y venera las reliquias, las cuales lleva el clero en procesion por dentro del santuario, y se pasa la noche asistiendo á los oficios.

Aquel año, es decir, la noche del 24 de Diciembre de 1075 la iglesia estaba casi desierta. Eran pocos los sacerdotes que habian seguido al Sumo Pontífice. una recia tempestad acompañada de un grande aguacero y vientos, como suele haberlas en aquella estacion del año, hizo que un gran número de familias no se atreviesen á salir de sus casas. Solamente algunos fieles en aquella atezada y espantosa noche emprendieron la romería de Sta. Maria la Mayor, iglesia situada en un barrio distante y solitario.

Mientras tanto Gregorio VII en la capilla del Pesebre revestido de sus ornamentos pontificales, de pie delante del altar sobre el cual estaba expuesta la venerada reliquia, celebrada la misa del Gallo. Ya habia ofrecido el sacrificio, acababa de comulgar y juntamente el clero; los demas fieles recibian en silencio la sagrada hostia, cuando de repente se oye un alboroto espantoso; interrúmpese la ceremonia en medio de sangüarios clamores; unos hombres cubiertos de hierro se precipitan en la iglesia, con la espada en la mano, atropellandolo todo, corren á la capilla del Pesebre dejan mal heridos á los fieles que procuraban estorbale la entrada y se apoderan del Pontífice. Era Cenci y su cuadrilla. Avisados por sus emisarios, y favorecidos de sus parciales que estaban cerca de allí reunidos, teniendo ademas caballos apostados á las puertas de la iglesia habian intentado con sacrilega mano aquel bárbaro golpe.

En medio de su furor; uno de ellos queriendo matar al Papa junto al mismo altar le hace una ancha herida en la frente, le arrancan de la capilla y se lo llevan ultrajandolo. El mientras, sin resistirse, sin despegar los labios ni pedir clemencia, se deja arrastar sereno, intrépido, magnánimo, y levantado al cielo los ojos. Habiendole despojado de las vestiduras sacerdotales, le ponen á la grupa de uno de ellos, y se le llevan como un bandido maniatado. Huyendo entonces cuanto podian correr sus caballos, se dirigen á un barrio de la ciudad, en el cual tenia Cenci aun otra torre fortificada, y se encierra dentro de ella con su ilustre prisionero.

Entre tanto los sacerdotes y fieles escapados de aquel tumulto se derraman por la ciudad llenandola de clamores y espanto. Salen todos los demas de sus casas. La tempestad habia pasado, el cielo estaba sereno; en un instante las calles y las

plazas se hallaron iluminadas de mil antorchas. Todos estaban horrorizados, se contaban unos á otros los atentados de aquella noche; la Iglesia de Sta. Maria profanada: el sumo Pontífice cautivo ó muerto, porque aun no se sabia cual era su suerte, y todo se podia temer. Se suspendieron los oficios en todas las iglesias, se desnudaron los altares; se escondieron todos los objetos sagrados: parecia que amenazaba una profanacion universal. Todas las campanas tocaron á vuelo; los habitantes tomaron las armas; durante el resto de la noche no pararon de sonar las trompetas y el quien vive. Se pusieron guardias en todas las avenidas para impedir que sacasen de la ciudad al Papa, si acaso vivia, los mismos que se habian apoderado de su persona. Al mismo tiempo la muchedumbre, saliendo fuera de las murallas, se encamina al Capitolio, punto de reunion del pueblo en todas las crisis públicas. Allí supieron que el Pontífice estaba vivo, y que le tenian preso en la torre de Cenci; ya alboreaba; al punto caminan todos á la fortaleza de Cenci, que el pueblo llamaba la guarida del Antecristo. Algunos hombres de armas guardaban el paso: mas viendose acometidos por todas partes, huyen y se encierran en la fortificacion. El pueblo entonces emprende el sitio; llevan máquinas de guerra; baten con repetidos golpes los muros; prenden fuego á las puertas; la muralla exterior se desploma, y ya está el pueblo al pie de la torre.

Durante el asalto Gregorio VII en un cuart. de aquella fortaleza recibia al mismo tiempo servicios y ultrajes. Un habitante de la ciudad y una señora de alto nacimiento se habian introducido allí juntamente con los malhechores. Ovidados por esto, en medio de la confusion del combate, el hombre arrojaba con pieles al Pontífice, que se resentia del frio de la noche, y escondia su seno para calentarse los pies yertos del anciano; y la señora, con no menos cuidado y ternura, lavaba y curaba su herida, y despues con los ojos arrasados en llanto besaba las canas y vestiduras de la sagrada víctima. Pero en el mismo lugar y á la misma hora otra muger, la hermana de Cenci, llenaba al Pontífice de maldiciones é improperios.

El mismo Cenci profiriendo horribles amenazas, queria arrancar al Papa la orden de entregar sus tesoros y palacios; pero Gregorio se

mantenia inflexible: un Criado de Cenci, á imitacion de su señor, juraba blasfemando que degollaría al Papa antes de que anocheciese. Un azar de la guerra castigó poco despues la ferocidad de aquel monstruo: habiéndose presentado en las almenas del castillo, cayó herido mortalmente de una jabalina que le traspasó la garganta. Sus compañeros creyeron ver en su muerte un juicio de Dios.

Cenci no tardó en hallarse muy pesaroso de haber cometido aquel crimen. Era imposible no conocer que la fortaleza seria tomada pronto por asalto, y que el furor del pueblo no le perdonaria, así que pasó del exceso de la insolencia á la mas vil consternacion. Viendose perdido creyó que no le quedaba otro recurso que el de implorar al mismo sumo Pontífice á quien tan habia ultrajado. Hizolo así, se arrojó á los pies del Papa: le rogó con el mas compungido acento que le redimiese de su pecado y le diese la absolucion: confesó que era un parricida, un sacrilego; prometió cumplir cualquiera penitencia que el Papa quisiera imponerle, con tal de que le perdonara, y que apaciguase al pueblo. Despues de suplicarle de este modo permanecia de rodillas y se postraba al á sus pies.

Gregorio VII le recordó entonces los muchos avisos que le habia hecho dar por los hombres piadosos y tantas reconvenciones que le habia hecho el mismo inútilmente. «Sin embargo, añadió, las puertas de la vida pueden abrirse todavia para tí, con tal que te conviertas de corazon.»

Cenci reiteró sus promesas, y el Pontífice le dijo entonces: «Te perdono como padre todas las ofensas que me has hecho: pero lo que has cometido contra Dios no puede quedar impune: iras en peregrinacion á Jerusalem, y á tu vuelta vendrás á que te aconseje lo que has de hacer para conseguir la gracia de Dios y ser un modelo de arrepentimiento, despues de haber sido para la Iglesia un ejemplo de perdicion.»

Entonces asomándose á una ventana de la fortaleza, se presentó á los sitiadores, y extendiendo las manos les hizo señas que se apaciguasen y envasen allí á alguno de sus caudillos. Al verle, casi todos creyeron que el Pontífice les pedia socorro, y redoblando sus esfuerzos escalaron las ventanas, y llegaron hasta donde estaba el Papa, y subiéndole en sus hombros, le condujeron á presencia del pueblo que

lloraba de alegría: mas cuando vieron en su rostro señales de violencias y manchas de sangre en sus vestidos, se horrorizaron de nuevo y exhalaban lamentables clamores.

En este estado de confusion Gregorio VII solo manifestó un deseo: el de volver á Sta. María la Mayor para acabar la santa ceremonia, interrumpida por el atentado de Cenci. Un inmenso gentio le siguió al altar, en donde acabó la solemne funcion que habia empezado á la primera hora del dia, ya entrada la noche, estando herido y en ayunas pero sostenido por la fe. En seguida dió gracias á Dios por haberle libertado de aquel peligro; echó la bendicion al pueblo, y se retiró al palacio de Letram.

Cenci y sus cómplices se aprovecharon de la orden que dió el Pontífice de no hacerles daño para escaparse de allí. El primero con su muger, su hermana, sus hijos, y sus hermanos salió de la ciudad mientras que el Papa estaba en la iglesia. Al dia siguiente un decreto del Senado y del pueblo lo desterró, y ordenó que sus fortalezas fuesen demolidas. El se trasladó á un castillo inmediato á Roma; no quiso comparecer al llamamiento del Papa, á fin de intimarle la penitencia que debia cumplir; y se entregó nuevamente á todo género de violencia y robos, hasta que fué á juntarse con el Emperador.

Entre tanto la paz y el orden se habian restablecido. La autoridad pontificia parecia mas asegurada que nunca, gracias á la conducta del pueblo. Gregorio VII guardó el mas profundo silencio sobre este suceso, y pareció haberle echado enteramente en olvido. No acusó á ninguno de haber sido el incitador ó el cómplice de Cenci; y en una carta que escribió al Emperador 15 dias despues de aquella noche infausta, nada le dice que haga alusion á tal crimen, aunque tenia sobrados motivos para sospechar del Cesar.

Puede mirarse este acontecimiento como una de aquellas sorpresas en que se descubre patentemente el carácter de las personas. El de Gregorio VII salió puro de está experiencia. No seria facil hallar un ejemplo mas sublime de grandeza de ánimo, de serenidad, de valor, de moderacion, de olvido de las injurias y de dignidad. Y cuando se escudriña el principio de tan esclarecidas virtudes, solo se puede encontrar en aquella piedad suma y habitual que á la hora del peligro fortificaba el alma del Pontífice, ins-

pirándole una entera confianza en Dios, y ordenando su conducta segun la inflexible regla del deber, Siempre se portó lo mismo en su vida pública y privada. Sus virtudes y su fe, así como su sabiduria, produjeron muchas veces una confianza en el que se dirigia al sacerdote, no al Soberano. No pocas almas insignes por su piedad se encomendaron é su direccion espiritual. En este número se cuentan Inés madre del Emperador Enrique IV; Beatriz su tia, y la condesa Matilde, que se mostró fiel amiga de Gregorio VII en todos los vaivenes que experimentó su pontificado.

VENTA DE BIENES NACIONALES.

Por Decreto del Sr. Intendente de Rentas de esta Provincia su fecha 13 del actual, manda se nombren peritos que valorizen una casa de Alto y bajo sita en la Ciudad de la Laguna y calle de la carcel que fué del estinguido convento de Santa Catalina de Sena de dicha Ciudad.

Lo que se avisa al publico por medio de las periodicos de esta Capital para su conocimiento.

Santa Cruz de Tenerife Noviembre 20 de 1838.—Francisco Diaz Leal.

EMBARCACIONES.

20 Fragata Española nombrada *Fortuna* su capitan D. José Ramirez, con 13 dias de Cádiz 30 pasajeros con destino á Manila, viene á tomar agua.

21 Salio para Sierra-Leona la Goleta Española S. Antonio su capitan D. Rafael Bernacor, y conduce á su bordo 6½ pipas de vino, 61 quintal de papas, 52 id. hijos pasalos 5 id. pasas, 25 millares de cebollas, 30 quin.ales Manzanas 6 id. naranjas 16 id. castañas 80 calabazas, 200 coles, 11 botijas miel de abejas 10 garrajonos ginebra. 3 cajones licor, y 2 id. chocolate.

Editor responsable P. M. RAMIREZ.

Imprenta de EL ATLANTE.